

Rusia: Iglesia y Estado, antigua y nueva alianza

Autor: Lic. Matías Alejandro Caro

Mail: matiasalejandrocara@gmail.com

Resumen

En el presente trabajo buscamos analizar la relación histórica entre la Iglesia y el Estado en Rusia, haciendo un recorrido histórico, podremos develar las continuidades, que nos permiten analizar la actual situación de la relación entre ambas instituciones rusas, describiendo la configuración de la misma y brindando una explicación hipotética de sus causas.

Abstract

In the present work we want to analyze the historical relationship between the Church and the State in Russia. Making a historical travel, we can see continuities, that allow us to analyze the actual situation of the relation between the two Russians institutions mentioned, describing the actual configuration of the same and giving one hypothetical explain of its causes.

Palabras clave: Estado ruso – Iglesia Ortodoxa Rusa – Vladimir Putin – Mito Político – Tercera Roma

Keywords: Russian State – Russian Orthodox Church - Vladimir Putin – Political Myth – Third Rome

Introducción

Analizando el contexto político y social de la Rusia actual veremos que no sólo existe una importante relación entre la Iglesia Ortodoxa Rusa y el Gobierno de Vladimir Putin, sino que esta es expuesta y analizada como una postura realmente retrógrada por los observadores occidentales. Si bien existen en Rusia quienes comparten tales posiciones, la mayoría de las personas, incluso habiendo sido socializadas en un régimen socialista y ateo como la URSS, no expresa el descontento que se podría observar en Occidente ante tales situaciones.

Entendemos que tal divergencia en la consideración de la relación entre la Iglesia y el Estado tiene fuertes raíces históricas y culturales a las que pretendemos acercarnos en este escrito, para poder plantear algunas conclusiones a modo de hipótesis que clarifiquen esta relación de complementariedad entre la Iglesia y el Estado ruso.

Este trabajo no pretende ofrecer una discusión ética o moral sobre la conveniencia o no de la separación Iglesia-Estado sino, partiendo de una realidad de hecho como es el caso ruso, aceptamos que las prácticas religiosas-culturales puedan ser variables intervinientes en el análisis político social. De esta manera acordamos con José María Mardones al afirmar “que la religión como fenómeno social y cultural esté sometida a las vicisitudes y vaivenes de la época. La religión es influida, e influye, en su medio ambiente social” (Mardones 1998:17) y es esta influencia la que buscamos demostrar.

Sin embargo, debemos también recordar que “el pluralismo moderno ha socavado el monopolio del que disfrutaban las instituciones religiosas” (Berger y Luckmann, 1997:89). Tal cambio no sólo ha disminuido la cantidad de personas vinculadas a las mismas, sino que aquéllas deben ahora ajustarse al sistema plural y competir en un sistema de mercado religioso, donde “el cliente siempre tiene la razón” (Berger y Luckmann, 1997:90) por lo que es cada vez más necesario adaptar doctrinas a públicos especiales.

Pero es un caso ejemplar que se opone a lo anteriormente descrito, el de cómo la Iglesia Rusa ha establecido su alianza con el Estado de modo tal de anular mediante legislación la competencia del mercado religioso, a cambio de sostenimiento ideológico del accionar gubernamental.

La Iglesia Ortodoxa

Como habitantes de lo que geográficamente se denomina Occidente, muchas veces desconocemos que es lo que se denomina Ortodoxia, dentro del Catolicismo, más allá del romano, por lo que creemos será beneficioso hacer una breve aclaración sobre su origen.

Desde el surgimiento del cristianismo la Iglesia se había mantenido en términos generales unificada, con la aparición de algunas herejías que no habían hecho peligrar, en términos amplios, su unidad o su continuidad. Salvo, si se quiere, el denominado arrianismo.

Lo anteriormente descrito continuó así hasta el Cisma de Oriente y Occidente, que se suele fechar en 1054. Entendiendo la historia como un proceso, admitimos que esto sólo responde a una cuestión práctica de ubicación y clasificación temporal. Así, cabe afirmar que “el cisma...no fue en realidad un suceso con fecha exacta de comienzo. Es algo que se fue desarrollando poco a poco” (Ware, 2006:39).

Este Cisma produjo que Iglesia Católica se dividiera en la Iglesia Católica Apostólica Romana en Occidente y la comunión de Iglesias, con primado en Constantinopla, que formaron la Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa, en Oriente. Las razones del cisma fueron culturales, económicas y políticas; pero en el ámbito de lo religioso “Occidente y Oriente se pelearon... concretamente por dos asuntos: los derechos del papado y el filioque” (Ware, 2006:39).

En cuanto a los derechos del papado, la idea de Roma era que el Sumo Pontífice se ubicara en la cima de una organización jerárquica, centralizada y monárquica. En cambio en Oriente la idea era que el sucesor de Pedro sin duda debía ocupar un lugar de privilegio, pero que debía ser el primero entre iguales y así “en cuanto a las cuestiones de la fe, la decisión definitiva residía no exclusivamente en el Papa, sino en un concilio representativo de todos los obispos de la Iglesia.” (Ware, 2006:45)

En cuanto a la cláusula del filioque, la misma representa una disputa bastante larga. Filioque significa “y del hijo”, y de esta manera la Iglesia Romana que acepta su utilización

sostiene que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. La procedencia del Hijo es considerado una herejía para la Iglesia Ortodoxa.

A pesar de que por muchos años estas Iglesias han estado enfrentadas, a partir de que se levantaron las excomuniones recíprocamente en 1965 han comenzado un camino de acercamiento y cooperación. Sin embargo, aunque las diferencias son pequeñas estas existen y con un enfrentamiento de casi mil años. Es raro que no existan tensiones, como veremos más adelante.

Pero adentrándonos más en las Iglesias Ortodoxas podemos decir que las mismas son al menos quince, siendo las históricas las de Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Constantinopla; y la más importante la Iglesia Ortodoxa Rusa con más de 100 millones de fieles. De esta manera vemos que aunque el primado “inter pares” de la Iglesia Ortodoxa recae en el Patriarca de Constantinopla, la mayor parte del poder de facto parecería recaer sobre el Patriarca de Moscú, líder de de la Iglesia con más fieles y recursos.

La Ortodoxia Rusa

La Iglesia Ortodoxa Rusa es una Iglesia autocéfala, es decir, que se gobierna a sí misma en última instancia. Dicho gobierno es ejercido por el Patriarca de Moscú, y es la Iglesia mayoritaria en Rusia, Bielorrusia y Ucrania. La misma fecha su nacimiento en el año 988 con el bautismo del príncipe Vladimir I de Kiev, que impulsó la evangelización de la actual Rusia. La Iglesia perteneció en sus orígenes al patriarcado ecuménico de Constantinopla, pero se separó de este en el siglo XVI.

Vemos en el párrafo anterior algunas cuestiones claves a destacar. Primero, el gran componente nacional de la Iglesia Rusa, que a diferencia de la romana, está estrechamente ligada en lo cultural y geográfico al mundo ruso-eslavo. Segundo su autogobierno local, lo cual implica la no intervención de un poder externo, como podría ser el Papa en sus decisiones.

Tercero, pero no menos importante, y la particularidad que guiará en lo sucesivo este trabajo, la Iglesia Rusa nació de la mano del proto Estado, con el bautismo del Príncipe Vladímir I de Kiev y el correspondiente bautismo de todo el Rus en consecuencia. Vemos también que el origen de la misma no se encuentra en lo que hoy es Rusia, sino en un territorio que por muchos años estuvo unida a la misma y de gran afinidad cultural: Ucrania.

El origen de la Iglesia en Ucrania generará algunos problemas en el discurso simbólico de la Iglesia Rusa, como veremos cuando analicemos la actualidad. Pero abonará también el repertorio de justificaciones de quienes sostienen como una necesidad la reunificación de los territorios que hoy comprenden Rusia y Ucrania.

Retomando ahora nuestro recorrido histórico, debemos hacer mención a dos fechas. Primero con la caída de Kiev, a mano de las fuerzas tártaro-mongolas en 1240, comenzó un período de decadencia que finalizaría con el traslado de la sede Patriarcal, a su actual lugar, Moscú en 1325. Segundo en 1448 la Iglesia Rusa se separa oficialmente del gobierno de Constantinopla, el cual originalmente elegía a sus autoridades y logra la ya mencionada autocefalía en 1448.

Sin embargo y trasluciendo cada vez más nuestra tesis de que la relación entre Iglesia y Estado en Rusia siempre ha sido muy relevante, es preciso hacer notar que:

“De 1448 a 1589 la Iglesia ortodoxa rusa estuvo dirigida por metropolitanos de Moscú y de todas las Rusias independientes de Constantinopla pero en severa dependencia administrativa y política de los gobernantes rusos. Baste recordar que en el siglo XVI cinco de los once metropolitanos de Moscú fueron destituidos de sus cátedras por la arbitrariedad de mandatarios laicos y que el metropolitano Felipe II fue asesinado en 1569 por orden de Iván el Terrible.”¹

El Mito de la tercera Roma

¹ Russia Today. *Historia de la Iglesia Ortodoxa Rusa*. Disponible en: <http://goo.gl/IFPIA2> (Consultado el 6/10/2014)

Hemos comenzado nuestro recorrido histórico viendo la génesis de la Iglesia Rusa, de la mano del Estado. Es momento ahora de hacer alusión al denominado Mito de la Tercera Roma, que creemos afectará a la evolución histórica tanto de la Iglesia como del Estado. Primeramente haremos referencia a lo que entendemos por mito. Para ello tomaremos la definición de Eduardo Arnoletto (2007), siguiendo a George Sorel (2005):

“Para G. Sorel un mito es ‘una organización de imágenes capaces de evocar instintivamente todos los sentimientos’. No es un acto intelectual sino afectivo y volitivo, que se basa en la captación inmediata, totalizadora, sintética, de una "verdad" relacionada, decía Sorel, "con las más fuertes tendencias de un pueblo, de un partido, de una clase". Entraña un rechazo a las ideas, valores y sentimientos mediatizados por una elaboración intelectual, siempre susceptible de manipulación. Los mitos políticos son "ideas en pié de guerra", especialmente idóneos para sostener una acción política de masas. Su emergencia siempre se relaciona con períodos de crisis en la vida y en el pensamiento de las sociedades. Por más que se intente silenciarlos, los mitos siempre vuelven, convocados por las crisis recurrentes y las situaciones-límite que afrontan los hombres. El mito expresa un sentimiento de límite y de pasaje de una situación a otra. Sociológicamente, es un fenómeno vinculado a procesos de cambio social. La consideración del mito político en los trabajos de análisis político tiene gran importancia, pues permite acceder al imaginario grupal y detectar, no solo la situación vivida, sino también cómo es vivida la situación, es decir, las expectativas y temores que suscita. Incorporar el mito político al análisis racional de los factores situacionales significa aceptar una lógica de la ambigüedad y la incertidumbre: hay que hacerlo así justamente en aras de un mayor realismo, porque el mito es un elemento integrante, normal y no patológico, de toda situación social y política. (Arnoletto, 2007:55)

Habiendo entendido la idea de Mito y de su relevancia en la política, podemos expresar otra de las tesis de esta trabajo; la Iglesia Rusa ha formado un determinado mito político, el cuál

ha calado tan hondo en la identidad cultural rusa que el mismo ha permanecido incluso en formas seculares. Esto es lo que se denomina el Mito de la Tercera Roma.

Habíamos mencionado que la Iglesia Rusa adquiere su autocefalía en 1448, pero en 1453 con la caída de Constantinopla

“quedaba tan sólo una nación capaz de asumir el liderazgo de la cristiandad del este. La mayor parte de Bulgaria, Serbia y Rumania ya quedaba conquistada por los turcos, y el resto sería en poco tiempo también absorbido. La metrópolis de Kiev pasó bajo el dominio de los gobernantes católico-romanos de Polonia y Lituania. Sólo quedaba la Moscovia. No les parecía una coincidencia a los moscovitas el hecho de que en el momento cuando feneció el Imperio Bizantino, ellos mismos estaban a punto de desprenderse de los últimos vestigios de la soberanía tártara: parecía indicar que Dios les concedía la libertad porque les había elegido para ser los sucesores de Bizancio” (Ware, 2006:88)

Adelantándonos podemos afirmar que este Mito tiene dos dimensiones fundamentales. La primera es la de una especie de destino manifiesto de Rusia de guiar al cristianismo (el mundo civilizado para la época), lo cual está íntimamente relacionado con la segunda dimensión que implica una caída de las dos romas anteriores (Roma y Bizancio) dada la herejía o la corrupción de las mismas, exaltando el ascenso y mantenimiento en la gloria de Rusia en base al mantenimiento de una cultura intrínsecamente diferente a la occidental, la cuál como ya hemos dicho es juzgada como mínimo como errada.

La Iglesia y el Zarismo: La antigua alianza

Siguiendo con el Mito anteriormente planteado vemos como este traspasa el ideal religioso para ser ya desde la primera época de los Zares un justificativo político, a la vez que en los párrafos siguientes veremos como el mito se va construyendo en lo material:

“La idea de que Moscú era sucesora de Bizancio se vio reforzada por un casamiento. En 1472, Iván III 'el Grande' (reinó de 1462 a 1505) contrajo

matrimonio con Sofía, la nieta del último Emperador bizantino. A pesar de que Sofía tenía hermanos, lo cual significaba que no era la heredera legal del trono imperial, el casamiento sirvió para establecer un vínculo dinástico con Bizancio. El Gran Duque de Moscú empezó a atribuirse los títulos bizantinos de 'autócrata' y 'Czar' (forma adaptada de la palabra romana 'Caesar'), y tomó como emblema estatal el símbolo del águila bicéfala de Bizancio. La gente empezó a tenerla a Moscú como 'la tercera Roma'. La primera Roma, según lo que se decía, había sucumbido ante los bárbaros, y luego ante la herejía; la segunda Roma, que era Constantinopla, había a su vez caído en la herejía con ocasión del Concilio de Florencia, y sufrió el castigo de ser capturada por los turcos. Moscú, por lo visto, era sucesor de Constantinopla, la tercera Roma y la última, el centro de la cristiandad ortodoxa. El monje Filoteos de Pskov propuso este argumento en una carta célebre que hizo enviar en 1510 al Czar Basilio III: Quisiera añadir unas cuantas palabras sobre el Imperio ortodoxo actual de nuestro soberano: constituye el único Emperador [Czar] terrestre de los cristianos, el jefe de la Iglesia apostólica que ahora ya no se sitúa ni en Roma ni en Constantinopla, sino en la ciudad bendita de Moscú. Ella sola alumbró el mundo entero, más brillante que el sol... Todos los Imperios cristianos han desaparecido, y en lugar de ellos se yergue solo el Imperio de nuestro soberano conforme con los libros proféticos. Cayeron dos Romas, pero la tercera ya se alzó y cuarta no habrá jamás." (Ware, 2006:89)

Puede verse cómo los primeros zares utilizaron el mito mencionado y lo construyeron simbólicamente recuperando elementos dinásticos de Bizancio, lo cual hizo realmente mella en la población rusa. Pero la formulación del mito legitimador no permitió nunca la supremacía de la Iglesia Rusa, sobre el poder temporal, al contrario, podemos decir que si bien existió una alianza, la Iglesia siempre fue accesoria al Estado.

Durante tal período la Iglesia no se mostro reacia a tal situación. Lo atestigua la utilización del poder estatal para imponer las reformas litúrgicas del Patriarca Nikon, a mediados de siglo XVII sobre los denominados "viejos creyentes". Nikon pretendió acrecentar su poder religioso por sobre el de los Zares ya que "además de insistir en que la autoridad del Patriarca fuese absoluta en cuestiones de índole religiosa, reivindicó el derecho de

intervenir en los asuntos civiles, y asumió el título de 'Gran Señor', reservado hasta entonces exclusivamente para los zares.” (Ware, 2006:97)

Este grado de injerencia y exaltación llegó a su límite cuando en el año 1700, el Zar Pedro el Grande

“en su afán de poner toda la vida de Rusia bajo el control del Estado, prohibió la elección de un nuevo patriarca y al cabo de 20 años fundó el Colegio Eclesiástico, pronto rebautizado 'Santo Sínodo'. Este órgano, dependiente del Estado, se hizo cargo de la gestión de la Iglesia desde 1721 hasta la Revolución de Octubre, siendo los emperadores la última instancia en la toma de decisiones del organismo”²

Si bien el nuevo órgano estatal está conformado por clérigos, la presidencia estaba ocupada por un funcionario laico: el Procurador General. La injerencia del Estado en la Iglesia llegó a tal punto que a partir del siglo XVIII "fue privada de casi todas sus terrenos y, lo que fue aún más grave, los presbíteros fueron obligados a denunciar a las autoridades todo aquello que pudiera representar algún peligro para el Estado, rompiendo, si fuera necesario, el secreto de confesión.”³

Esta estrecha simbiosis y el solapamiento sirvió a los Zares para la justificación tanto de su gobierno como de la expansión del mismo. Luego del concierto de naciones de 1815, el Zar ideó “un nuevo método de penetración: hacer que le reconociesen un protectorado sobre los cristianos ortodoxos del Imperio Otomano. Así encontraría mil pretextos para invadir en los Balcanes.” (Duroselle, 1998:29)

Esta es nuevamente una explicitación del Mito de la Tercera Roma, en tanto llamado del Estado Ruso, en la persona del Zar, a proteger a los cristianos ortodoxos en territorios herejes y/o corruptos. Esta relación en beneficio del Estado continuó hasta principios del siglo XX, con su consecuente final en la revolución de Octubre de 1917.

² Russia Today. *Historia de la Iglesia Ortodoxa Rusa*. Disponible en: <http://goo.gl/ifPIA2> (Consultado el 6/10/2014)

³ Russia Today. *Historia de la Iglesia Ortodoxa Rusa*. Disponible en: <http://goo.gl/ifPIA2> (Consultado el 6/10/2014)

Mencionaremos además que en la Rusia Zarista se permitía a los extranjeros profesar libremente su culto. Sin embargo, al ser la Iglesia Ortodoxa de carácter oficial, no se permitía a los habitantes de Rusia la conversión a otras creencias dado que eran consideradas heréticas o tolerables en el mejor de los casos. De esta manera “el abandono de la religión Ortodoxa por otra se consideraba un delito muy grave. De ahí la masiva emigración de Rusia, por motivos religiosos en los albores del siglo XX.” (Pchelintsev, 1998: 161)

El período Comunista

Con la Revolución de Octubre de 1917 se produce el derrocamiento de los Zares y la asunción de un nuevo gobierno, el cual en 1918 formalizó la separación Iglesia- Estado. Esto permitió que se eligiera luego de más de 200 años, en los que gobernó el Santo Sínodo, un Patriarca para la Iglesia Rusa. Dicho Patriarca fue Tijon, quién rápidamente se opuso al nuevo gobierno.

Durante este período se dió una importante persecución de la Iglesia por parte de Estado. Sus tierras fueron confiscadas, muchos religiosos arrestados y enviados a Siberia y las Iglesias fueron arrasadas, incluida la Catedral de Cristo Salvador en Moscú que había sido construida para conmemorar el triunfo sobre Napoleón. En el lugar donde se emplazaba la Catedral, Stalin pretendía construir el denominado Palacio de los Soviets, pero finalmente se emplazó una enorme piscina. De esta manera, la política soviética lejos de la separación que planteaban las leyes, ejercía una dominación y persecución sobre la Iglesia. A tal punto así era que tras la muerte del Patriarca Tijon en 1925, las autoridades no permitieron la elección de un nuevo Patriarca.

El Estado Ruso, reconvertido en Estado soviético, emprendió una importante lucha contra la Iglesia Rusa tras la revolución de octubre. Sin embargo, no traicionó el ideal mítico de la tercera Roma, sino que lo secularizó. Esta vez la herejía no era al catolicismo romano, sino el capitalismo, y el pueblo ruso estaba destinado a preservarlo y luego a expandirlo por el resto del orbe. La Ortodoxia (recto conocimiento) esta vez no era cristiana sino marxista.

Vemos entonces que el Estado comunista permite una transformación del mito político, el cual se sigue implantando en la identidad cultural rusa, pero se lo despoja cada vez más de sus significados religiosos.

Este estado de persecución se mantuvo hasta la Segunda Guerra Mundial, período durante el cual el mismo Stalin tuvo que relajar las persecuciones a la Iglesia, para que esta apoyara moral y económicamente los esfuerzos soviéticos durante la guerra. La Iglesia Rusa, que podría haber aprovechado esta oportunidad para atentar internamente contra el régimen que tanto la había perseguido, dado sus fuertes vínculos geográficos y culturales con el pueblo ruso-eslavo, emprendió una vez más la defensa de la Patria.

De esta manera, para las autoridades de la Iglesia Rusa

“los enemigos esperaban también poder oponer nuestra Iglesia al Estado Soviético, pero se vieron defraudados en sus esperanzas, porque, ante el peligro, los pueblos de la Unión Soviética se cohesionaron aún más fuertemente entre sí y la Iglesia Ortodoxa Rusa ligó sus destinos con los de sus fieles, así en la vida como en la muerte.” (Alexi de Moscú 1958:212)

Una vez más, la Iglesia y el Estado eran aliados en Rusia. Esta vez en la más impensada de las situaciones, bajo el gobierno comunista. Así lo expresaba el Metropolitano Sergui:

“Ni en la época de los principados feudales, ni cuando el yugo tártaro, ni en los tiempos tumultuosos, vendió la Iglesia su Patria terrena al enemigo, no abuso de su debilidad en propio provecho, sino que, por el contrario, apoyó, cohesionó y reconfortó a la Patria con todos los medios a su alcance. La Iglesia no podía modificar su actitud ante la Patria después de la Revolución de Octubre” (en Alexi de Moscú, 1958:11)

El mejoramiento de las relaciones implicó que hacia 1943 el Estado soviético no sólo permitiera la elección de un nuevo Patriarca por parte de la Iglesia Rusa, sino que además, en el mismo año, fuera creado el Consejo para asuntos de la Iglesia Ortodoxa Rusa adjunto al Consejo de Ministros de la U.R.S.S., el cuál servía como enlace entre el Patriarcado y el Gobierno.

Si bien la persecución no desapareció, si se hizo mucho más leve que en el período estalinista. Más allá de las persecuciones es clave remarcar la conformación del Consejo para asuntos de la Iglesia Ortodoxa Rusa. La existencia de esta institución, que sería difícil de pensar en los estados laicos modernos, en un Estado comunista y ateo como la U.R.S.S. no hace más que remarcar la ya mencionada particularidad que tiene la relación Iglesia-Estado en Rusia.

Hacia 1985 con la llegada de Mijaíl Gorbachov al poder, las situación cambiaría de manera radical, así como cambió el destino de la U.R.S.S. Hacia 1990 fue suprimido el mencionado Consejo para asuntos de la Iglesia Ortodoxa, dentro del Consejo para Asuntos Religiosos del Consejo de Ministros de la U.R.S.S., abriéndose una nueva etapa de libertad para la Iglesia Rusa, pero también de libre competencia frente a otros cultos, contra los cuales luego de años de autocracia zarista o comunismo ateo, nunca se había enfrentado. Este nuevo desafío podía ser enfrentado ¿cuando no? de la mano de Estado.

Ejemplo de lo anteriormente descrito es que en “el periodo entre 1994 y 1999 se celebraron una serie de campañas “anti sectas” promovidas por organizaciones sociales y políticas, los medios de comunicación y la Iglesia ortodoxa rusa. En este caso, la Iglesia tenía como objetivo deshacerse de sus “rivales” más indeseados: la Iglesia católica apostólica romana, con la que siempre ha mantenido relaciones complicadas, y las sectas totalitarias que solían usar la religión para encubrir actividades comerciales y destruían la vida de sus seguidores, privándolos de todo y separándolos del seno familiar. Las autoridades dejaron de contactar con los representantes de las sectas, les prohibieron el acceso a los centros de educación y les obstaculizaron el registro y el alquiler de oficinas. En general, la influencia en el país de este tipo de organizaciones religiosas se ha reducido hasta desaparecer. Para disminuir la influencia de la Iglesia católica y detener el proselitismo, restringieron la actividad de los misioneros y algunos clérigos extranjeros fueron deportados.”⁴

El nacionalismo religioso llegó hasta tal punto en los últimos años de la Unión Soviética y primeros años de la Federación Rusa, que el Presidente Yeltsin debió vetar una ley

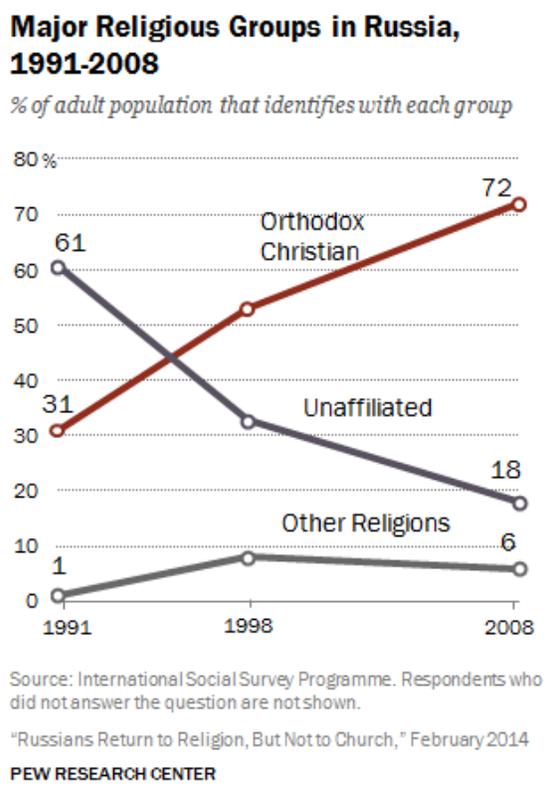
⁴ Russia Today. *Religión en la Rusia Moderna*. Disponible en: <http://goo.gl/yGvj5z> (Consultado el 6/10/2014)

sancionada en acuerdo entre comunistas y nacionalistas. En esta se prohibía la inscripción de nuevos cultos en el registro estatal a tal efecto, por no cumplir ninguno con la regla de poseer quince años de antigüedad en la región siendo que, en el período de los quince años anteriores, bajo gobierno de Adropov y Breznev, era imposible la instalación de cultos. La normativa a la vez incumplía la propia Constitución Rusa y acuerdo internacionales. (Pchelintsev, 1998: 165-166)

Es importante remarcar que el nacionalismo ortodoxo no fue el único en emerger en la Federación Rusa tras la caída de la Unión Soviética, sino que también podemos mencionar el caso de los musulmanes en el Cáucaso Norte. Sin embargo, el nacionalismo ortodoxo es lejos el más extenso e influyente dentro de la Federación y del cual se valdrá, como veremos más adelante, la nueva figura del gobierno ruso contemporáneo: Vladímir Putin.

La Iglesia y Putin: la nueva alianza

Vladímir Putin, un ex agente de la KGB (servicio secreto soviético) devenido en político, se ha desempeñado los últimos quince años como primer Ministro o Presidente de la Federación Rusa. Desde su cargo ha liderado una amplia alianza, que no sólo lo ha consolidado en el poder dentro de Rusia, sino que ha proyectado su figura al plano internacional. Dentro de la alianza mencionada, donde actualmente ocupan un rol privilegiado nacionalistas y conservadores, se encuentra la Iglesia Rusa. La misma ha visto su resurgimiento de mano del Estado.



Antes de interiorizarnos en las políticas estatales pro Iglesia Ortodoxa, haremos una breve descripción de las características que presenta esta iglesia en la actualidad. Para ello analizaremos algunas de las conclusiones que arroja el informe del Pew Research Institute (2014).

Según el informe antes mencionado, puede verse como tras la caída de la unión soviética se produjo un incremento exponencial de las personas que se identificaban a sí mismas como cristianos ortodoxos, y una consecuente decaída de los que no se consideraban miembros de ningún grupo religioso. Sin embargo vemos que este fenómeno, si bien proporcionalmente fue mucho mayor en los demás grupos religiosos sumados, en términos nominales fue bastante insignificante con respecto al crecimiento de la ortodoxia.

Trends in Russian Religious Practices and Beliefs

% of Russian adults who said they ...

	1991	1998	2008
Attend religious services at least once a month	2%	9%	7%
Believe in God	38	46	56
Believe in life after death	33	31	32
Describe themselves as at least somewhat religious	11	45	54

Source: International Social Survey Programme

"Russians Return to Religion, But Not to Church," February 2014

PEW RESEARCH CENTER

Otra cuestión a tener en cuenta es que si bien la identificación religiosa de los rusos ha crecido enormemente, las prácticas y las creencias apenas han variado desde el fin de la era soviética. Menos del 10% de los rusos asiste a servicios religiosos al menos una vez al mes; en tanto que sólo el 56% de los mismos creen en Dios y el 32% en la vida tras la muerte.

Siendo la creencia en Dios y la vida tras la muerte elementos centrales del cristianismo, así también el ortodoxo ruso, la divergencia de alrededor de 16 puntos porcentuales entre los que se reconocen como ortodoxos y quienes afirman creer en Dios, y la más significativa diferencia de 40% (en el mejor de los casos) entre quienes afirman creer en la vida después de la muerte y quienes se reconocen ortodoxos, sólo nos deja lugar para una conclusión: la idea de ortodoxia se ha asociado más a una cuestión cultural que religiosa.

Vemos entonces que la Iglesia Ortodoxa Rusa no ha podido aumentar su capital religioso, pero ha ganado un importante poder cultural y simbólico en la Rusia actual, dadas las situaciones que hemos analizado. De esta manera, se explicita una vez más que la misma es

parte del engranaje del poder en Rusia, por lo que no ha sido dejada de lado en el ya mencionado gobierno de Putin.

Durante su gobierno, Putin “supervisó la resurrección de la Iglesia Ortodoxa Rusa, incluyendo la reconstrucción de unas 23.000 iglesias que habían sido destruidas o en desuso. La Iglesia de la Sangre no está incluida en esa cuenta, ya que es una nueva casa de culto, terminado en 2003.” (MacKinnon, 2014) La Iglesia sobre la Sangre es una Iglesia construida sobre el lugar donde el Zar Nicolás II, último Románov, y su familia fueron asesinados.

El Zar, en un acto simbólico de gran importancia, fue declarado Santo por la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Exilio en 1981 y refrendada tal disposición en el año 2000 por el Sínodo de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Ante la canonización se despertaron varias voces de queja, las cuales afirmaban que el Zar en vida no había dado muchas muestras de santidad. Sin embargo, este acto seguía siendo válido desde nuestro punto de vista, no para criminalizar a los asesinos soviéticos, sino para legitimar la idea de que un gobierno autocrático.

Lo anteriormente mencionado es más que coherente si tenemos en cuenta que, a pesar de sus inicios, Putin se mostraba como un dirigente liberal y pro-occidental y pronto daría muestras de estar a favor de una “democracia administrada” y de un fuerte poder personal. El rompimiento definitivo llegaría tras las manifestaciones de diciembre de 2011, cuando manifestantes liberales salieron a la calle a denunciar fraude electoral. Putin “se sintió traicionado por la clase que él había contribuido a crear, y a partir de ese momento se volcó a los nacionalistas.” (Escudé, 2014:16)

Antes de adentrarnos en la ideología nacionalista, es preciso hacer algunas referencias adicionales a la relación entre la Iglesia y el Estado en la era Putin. El mismo Putin, al que se lo consideraba un liberal, llevó adelante una serie de medidas consideradas de corte conservador y profundamente apoyadas por la Iglesia Rusa. Podemos mencionar el enjuiciamiento, posterior condena y perdón del grupo feminista de punk Pussy Riot, quienes habían sido acusadas de ofender el sentimiento religioso de la población por realizar una intervención en contra de Putin en el altar de la Catedral de Moscú.

También es preciso hacer referencia a la prohibición estatal que rige en Rusia de entregar niños rusos en adopción a parejas homosexuales en el exterior, la prohibición de la propaganda de relaciones sexuales no tradicionales, la cual fue aprobada en la Duma (legislatura) estatal con 388 votos a favor, uno en contra y una abstención. Mencionaremos además que en 2013 se prohibió en Rusia la publicidad sobre el aborto, lo cual busca aumentar la decadente tasa de natalidad rusa, pero que en conjunto con las demás medidas cuenta con el visto bueno y apoyo de la Iglesia Rusa.

En el plano económico

“el gobierno de Putin, se aprobó una ley de regresar todos los bienes de la iglesia que habían sido incautados durante la era soviética, casi con toda seguridad haciendo el Patriarcado de Moscú el terrateniente más grande de Rusia. Empresas energéticas de propiedad estatal han contribuido miles de millones de rublos para la reconstrucción de las iglesias de todo el país.” (MacKinnon, 2014)

La alianza entre Putin y la Iglesia no es una cuestión de papeles, sino que se plasma en medidas que en Occidente serían consideradas mucho peor que políticamente incorrectas, lo que trasluce a la vez lo diverso que es el campo cultural ruso, con respecto al occidental. En resumen, podemos afirmar que las mencionadas

“protestas en las calles - y la creencia en el círculo íntimo de Putin de que los manifestantes fueron con la complicidad de los gobiernos occidentales - cimentaron aún más la alianza Kremlin-iglesia. Putin habla cada vez más de Rusia como una civilización distinta a Occidente. Es una opinión compartida por la Iglesia, que culpa a "la influencia occidental" para la propagación de las ideas liberales, como los derechos de los homosexuales, en Rusia.” (MacKinnon, 2014)

La cuestión de imagen se complementa con la aparición del Patriarca Kiril en numerosos actos públicos, o con la de Putin en diversas festividades religiosas. Así lo atestigua la visita del gobernante al Monasterio de la Trinidad y San Sergio, lugar emblemático de la fe ortodoxa rusa, con unos 30.000 peregrinos.

La cuestión política aflora dado que este es un monasterio está íntimamente relacionado a San Sergio, padre espiritual de la ortodoxia Rusia y dueño de un rol fundamental en la liberación de la dominación tártara. Sin embargo hay quienes afirman que están creando un mito alrededor de San Sergio, haciéndole ser un siervo obediente del Estado ruso, que él no era (MacFarquharaug, 2014).

Esto sumado a que la crisis con Ucrania ha generado un distanciamiento con la mencionada ciudad de Kiev, donde el Príncipe Vladímir I introdujo el cristianismo, así “ahora que Rusia y Ucrania están enfrascados en una guerra de poder, el gobierno y la iglesia se dan cuenta de que el vínculo físico a un símbolo religioso importante está siendo cortado” (MacFarquharaug, 2014: s/p) por lo que es importante que emerjan lugares simbólicos dentro del territorio ruso, como el mencionado Monasterio de la Trinidad y San Sergio.

Por último es pertinente analizar la ideología nacionalista que acompaña al régimen de Putin. Dicha ideología presenta varios exponentes que se caracterizan por ser profundamente antioccidentales e imperialistas.

Ejemplo de lo anteriormente expuesto es el caso de Aleksandr Dugin, quien de acuerdo a Escudé

“alienta a nueva Revolución Rusa que combine una economía de izquierda con un tradicionalismo cultural de derecha. Es virulentamente antinorteamericano, antiliberal, y aspira a la creación de un imperio euroasiático contra el enemigo común, que es el atlanticismo, los valores liberales, y el control geopolítico de los Estados Unidos.” (2014:14)

Los elementos que hemos mencionado en el nacionalismo coinciden con los del Mito de la Tercera Roma, es decir, una especie de resentimiento antioccidental y creencia en la corrupción de tal hemisferio, con una especie de destino manifiesto, de llamado a la grandeza de la nación rusa. En el fondo, estos son los valores de Putin y creemos del pueblo ruso en términos generales, lo cual no es una justificación en torno a tal postura, sino la explicitación de una consecuencia lógica de un proceso centenario de construcción del mito político.

Dicho mito político, que mueve a la acción y aúna voluntades, es el que mencionamos como el de la Tercera Roma en su origen. Ha sobrevivido aún a costa de secularizarse a través de los siglos en Rusia, y creemos es hoy la piedra angular desde donde se sustenta la alianza que respalda a Putin en el poder. Hay quienes dicen que los liberales se fueron fruto de desavenencias políticas, pero cabría preguntarse ¿no era esta una consecuencia lógica de la imposibilidad, que tarde o temprano se destaparía, de los sectores liberales de adherir a este mito?

Por último debemos decir que la división Iglesia – Estado en Rusia no es relevante porque la primera nunca pudo lograr ser más que un apéndice del segundo, sin capacidad política real de oposición. De esta manera no es la Iglesia la que legitima en última instancia al régimen de Putin, sino el ya mencionado Mito Político al cual la Iglesia Rusa adhiere.

Este mito está tan implantado en la cultura del pueblo ruso, que es lógico reconocer que “Rusia...es imperialista. Y dentro de su zona de influencia, tendrá su imperio.” (Escudé, 2014:17) y que esto “es más valorado, por muchos rusos, que el bienestar material y las libertades occidentales” (Escudé, 2014:17). El éxito de Putin está en haber entendido tal configuración cultural, aprovechándola sin amedrentarse por las críticas occidentales.

Bibliografía

DE MOSCÚ, Alexi (1958). *La Iglesia Ortodoxa Rusa*. Ediciones del Patriarcado de Moscú: Moscú

ARNOLETTO, Eduardo (2007). *Glosario de Conceptos Políticos Usuales*. Ed. EUMEDNET. Disponible en: <http://www.eumed.net/jirr/pdf/6.pdf> (Consultado el 6/10/2014)

BERGER, Peter. y LUCKMANN, Thomas. (1997). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. ¿Qué necesidades básicas de orientación deben ser satisfechas?*, Paidós: Barcelona

DUROSELLE, Jean Baptiste (1998). *Europa de 1815 a nuestros días*. Labor S.A.: Barcelona

ESCODÉ, Carlos (2014) *Rusia, Estados Unidos y Europa: ¿una nueva guerra fría?* Breviario de Relaciones Internacionales. Número XXXI. CEA-UNC. ISSN: 1668-976X. Disponible en: <http://goo.gl/pc2Sh3> (Consultado el 6/10/2014)

MARDONES, José María (1998). *Neoliberalismo y religión*. Editorial Verbo Divino: Navarra, España

PCHELINTSEV, Anatoly (1998). *El nacionalismo religioso en los países de la antigua URSS*. Disponible en: <http://goo.gl/fiKMPN> (Consultado el 6/10/2014)

SOREL, George (2005). *Reflexiones sobre la violencia*. Alianza Editorial: Madrid

WARE, Kallistos (2006). *La Iglesia Ortodoxa*. Ángela: Buenos Aires

Otros recursos

Pew Research Institute (2014). *Russians Return to Religion, But Not to Church*. Disponible en: <http://goo.gl/kW2Kau> (Consultado el 6/10/2014)

MACKINNON, Mark (2014). *How Vladimir Putin helped resurrect the Russian Orthodox Church*. En The Globe and Mail. 15 de enero de 2014. Disponible en: <http://goo.gl/uRVxzw> (Consultado el 6/10/2014)

MACFARQUHARAUG, Neil (2014). *Putin Strives to Harness Energy of Russian Pilgrims for Political Profit*. En The New York Times. 2 de agosto 2014. Disponible en: <http://goo.gl/ieAvfN> (Consultado el 6/10/2014)

Russia Today. *Historia de la Iglesia Ortodoxa Rusa*. Disponible en: <http://goo.gl/ifPIA2> (Consultado el 6/10/2014)

Russia Today. *Religión en la Rusia Moderna*. Disponible en: <http://goo.gl/yGvj5z> (Consultado el 6/10/2014)

